

Uno
La luz sobre las cumbres

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Se han respetado, hasta donde ha sido posible, las peculiaridades ortográficas, tipográficas y léxicas del autor: el uso intencionado de mayúsculas y cursivas, las expresiones en otras lenguas con grafía no siempre ortodoxa, y la toponimia de fuentes, tradiciones y épocas diversas. Se han marcado siempre entre comillas simples (") las palabras y expresiones que en la obra aparecen en español y cursiva. Como en el original, se ha evitado añadir notas explicativas al pie y traducir las expresiones en otros idiomas, así como la mayoría de los nombres propios.

–¡Aligeren cabos!

–Ahora con brío..., con tiento... ¡Muy bien! ¡Preparados para largar!

–¡Ciudad del Viento, allá vamos!

–¡Hurra! ¡Arriba!

Entre tan animadas exclamaciones, la aeronave de hidrógeno *Inconvenience*, con la góndola envuelta en banderitas patrióticas y una tripulación de cinco jóvenes, miembros del famoso club aeronáutico conocido como los Chicos del Azar, ascendió con agilidad hacia la mañana y no tardó en aprovechar el viento del sur.

Cuando la nave alcanzó altitud de crucero y todos los detalles dejados atrás, en el suelo, se habían empequeñecido a tamaño casi microscópico, Randolph St. Cosmo, el comandante, ordenó:

–Disuelvan el Piquete de Maniobra de Despegue.

Y los chicos, todos pulcramente vestidos con el uniforme de verano compuesto por blazer de rayas rojas y blancas y pantalones azul celeste, obedecieron alegremente.

Ese día se dirigían a la ciudad de Chicago, a la Exposición Mundial Colombina que se había inaugurado hacía poco. Desde que habían recibido la orden, el «runrún» que corría entre la excitada y curiosa tripulación había versado casi exclusivamente sobre la fabulosa «Ciudad Blanca», su gigantesca noria, los templos de alabastro del comercio y la industria, los lagos chispeantes, y sobre las mil maravillas más, de naturaleza tanto científica como artística, que les aguardaban allí.

–¡Ay va! –exclamó Darby Suckling, inclinado sobre los andariveles para contemplar cómo el corazón del país giraba en un remolino verde y borroso allá abajo, mientras sus mechones bicolores se agitaban al viento por fuera de la góndola como una bandera a sotavento. (Darby, como mis fieles lectores recordarán, era el «niño» de la tripu-

lación y hacía las veces de factótum y de *mascotte*; además, cantaba las difíciles partes del tiple cada vez que a estos aeronautas adolescentes les resultaba imposible reprimir sus ganas de cantar.)

—¡Me muero de ganas! —exclamó.

—Por lo que se ha ganado usted cinco puntos negativos más —le recriminó una severa voz pegada a su oreja mientras se veía brusca-mente agarrado por la espalda y alzado por encima de los andariveles—. ¿O deberían ser diez? ¿Cuántas veces —prosiguió Lindsay Noseworth, segundo de a bordo y reputado por su impaciencia con todas las manifestaciones de la desidia— se le ha advertido, Suckling, contra el habla descuidada?

Con una destreza que se adquiere sólo tras mucha práctica, puso a Darby boca abajo y lo sostuvo por los tobillos, y el chico, un peso mosca, se balanceó en el espacio vacío —pues la *terra firma* quedaría ya a casi un kilómetro allá abajo—; entonces procedió a sermonearle sobre los numerosos males del descuido en la expresión personal, entre los cuales no era el menor la facilidad con que podía desembocar en la blasfemia, y en cosas peores aún. Pero, visto que Darby no paraba de chillar aterrizado, no está claro cuántos de aquellos útiles consejos llegaron a su destino.

—Eh, basta ya, Lindsay —le advirtió Randolph St. Cosmo—. El chico tiene trabajo que hacer, y si lo asusta tanto no va a servir de gran cosa.

—Muy bien, menudillo, démosle la vuelta —murmuró Lindsay, y de mala gana volvió a poner de pie al aterrizado Darby.

En sus funciones de Oficial a cargo de la disciplina a bordo de la nave, Lindsay realizaba su trabajo con una severidad arisca que un observador imparcial podría haber tomado fácilmente por monomanía. Pero teniendo en cuenta la facilidad con que la fogosa tripulación encontraba excusas para desmandarse —lo que más de una vez daba lugar al tipo de situaciones que acaban con un «salvados por los pelos» y que son el terror de los aeronautas—, Randolph solía permitir que su segundo pecara de vehemencia.

Desde el extremo más alejado de la góndola llegó un estrépito prolongado, seguido de un murmullo destemplado que hizo que Randolph, como siempre, frunciera el ceño y se llevara las manos al estómago.

—¡Sólo he tropezado con una de esas cestas de picnic! —gritó el Aprendiz Miles Blundell—, la que tenía toda la vajilla, o eso parece... Me temo que no la vi, Profesor.

—Tal vez el exceso de familiaridad —sugirió Randolph quejumbroso— la volvió temporalmente invisible para usted.

Su reproche, aunque bordease lo cáustico, estaba más que fundado porque Miles, por mucho que tuviera buenas intenciones y el mejor corazón de todo el grupo, sufría esporádicamente cierta confusión en sus funciones motoras, lo que de vez en cuando tenía consecuencias divertidas, pero con igual frecuencia ponía en peligro la integridad física de la tripulación. Mientras Miles recogía las piezas de la vajilla dañada, le dio la risa a un tal Chick Counterfly, el miembro más reciente de la tripulación, que, apoyado en un estay, le observaba.

—¡Ja, ja, ja! —rió el joven Counterfly—, ¿eres el tipo más patoso que he conocido en mi vida! ¡Ja, ja, ja!

Una réplica irritada saltó a los labios de Miles, pero se contuvo, recordándose a sí mismo que, dado que la provocación y el insulto surgían de manera natural en la clase de la que procedía el recién llegado, había que atribuir los malos modos del mozalbete a su mal-sano pasado.

—¿Por qué no me das alguna pieza de esa lujosa vajilla, Blundell? —prosiguió el joven Counterfly—. Y cuando lleguemos a Chicago busquemos una casa de empeños y...

—Te recuerdo —replicó educadamente Miles— que toda la vajilla que lleve la insignia de los Chicos del Azar es propiedad de la Organización y que debe mantenerse a bordo de la nave para utilizarla en las comidas oficiales.

—Como si estuviéramos en la catequesis —murmuró el joven diablillo.

En un extremo de la góndola, completamente ajeno al trajín de la cubierta, dando con el rabo expresivos golpes contra la tablazón y con el hocico metido entre las páginas de un volumen del señor Henry James, estaba tumbado un perro de raza indeterminada, absorto, parecía, en las páginas del texto que tenía delante. Desde que los Chicos, en el curso de una misión secreta en La Capital de Nuestra Nación (véase *Los Chicos del Azar y el perverso Halfwit*), rescataron a *Pugnax*, por aquel entonces un simple cachorro, de una feroz batalla bajo la sombra del Monumento a Washington entre dos jaurías rivales de perros salvajes del Distrito, había adquirido la costumbre de investigar las páginas de cuanto material impreso llegara a bordo del *Inconvenience*, desde tratados teóricos de artes aeronáuticas hasta materiales a menudo mucho menos apropiados, como las novelas baratas, «de diez cen-

tavos», aunque sus preferencias se decantaban más bien hacia relatos sentimentales sobre su propia especie, antes que hacia aquellos que mostraban los excesos del comportamiento humano, se diría que demasiado escabrosos para su gusto. Con la rapidez característica de los canes, había aprendido a pasar las páginas con suma delicadeza utilizando el hocico o las patas, y quien lo observara concentrado en la lectura no dejaría de percibir las expresiones cambiantes de su rostro, sobre todo las de unas cejas excepcionalmente articuladas que contribuían a dar una impresión general de interés, empatía y –la conclusión difícilmente puede eludirse– comprensión.

Ahora, convertido ya en un viejo lobo de los cielos, *Pugnax*, como el resto de la tripulación, también había aprendido a responder a las «llamadas de la naturaleza» satisfaciéndolas en el costado a favor del viento de la góndola, lo que daba lugar a sorpresas entre las gentes de la superficie, aunque no con la frecuencia ni la notoriedad suficientes para que alguien de abajo intentara dejar constancia, ni mucho menos coordinar algún informe sobre estas agresiones escatológicas caídas de los cielos. Así que pasaron a formar parte del folclore, de la superstición o, si uno no tiene reparos en estirar la definición, de lo religioso.

Darby Suckling, tras recuperarse de su reciente excursión atmosférica, abordó al estudioso can:

–Y yo me digo, *Pugnax*, ¿qué estás leyendo ahora, viejo amigo?

–Rr Rff-rff Rr-rr-rff-rrf-rrf –respondió *Pugnax* sin levantar la vista, y Darby, que, como los demás tripulantes, se había acostumbrado a la voz de *Pugnax* (ciertamente más fácil de entender que algunos acentos regionales americanos que los chicos escuchaban durante sus viajes), lo interpretó como «*La princesa Casamassima*».

–Ah. Una de esas... novelas románticas italianas, ¿me equivoco?

–Su tema –le informó con presteza el siempre alerta Lindsay Noseworth, que había oído sin querer la conversación– es la inexorable marea del Anarquismo Mundial, que, mire por dónde, se encuentra especialmente difundido en nuestro inmediato destino, una siniestra enfermedad a la que ruego que no tengamos ocasión de vernos expuestos de manera más directa que la que puede experimentarse, como hace *Pugnax* en este momento, sin mayor peligro, entre las páginas de ficción de un libro. –Aplicó a la palabra «libro» un énfasis despectivo que sólo podrían igualar, tal vez, los Consejeros de Administración de las Grandes Empresas.

Pugnax olisqueó brevemente en dirección a Lindsay, intentando detectar la combinación de «notas» olfativas que había aprendido a distinguir en otros humanos. Pero, como siempre, ese aroma le fue esquivo. Debía de haber alguna explicación, aunque no estaba convencido de que tuviera que empeñarse en encontrarla. Por lo que sabía, las explicaciones no eran algo que los perros buscaran o a lo que tuvieran derecho. En especial los que, como *Pugnax*, pasaban tanto tiempo aquí arriba, en los cielos, muy por encima del inagotable entramado de olores que había en la superficie del planeta de abajo.

El viento, que hasta entonces se había mantenido estable en su alata de estribor, empezó a cambiar. Dado que las órdenes recibidas les indicaban que se dirigieran a Chicago sin demora, Randolph, tras estudiar una carta aeronáutica del país que se extendía bajo sus pies, exclamó:

—Suckling, arriba con el anemómetro; Blundell y Counterfly, quédense junto a la Hélice —refiriéndose con ese término a un dispositivo de propulsión aeronáutica que los más científicos de nuestros jóvenes lectores recordarán de aventuras anteriores de los chicos (*Los Chicos del Azar en el Krakatoa*, *Los Chicos del Azar en busca de la Atlántida*) y que servía para aumentar la velocidad de crucero del *Inconvenience*, inventado por su viejo amigo el Profesor Heino Vanderjuice de New Haven, alimentado por un ingenioso motor de turbina cuya caldera se calentaba quemando el gas hidrógeno sobrante extraído de la envoltura mediante una distribución especial de las válvulas, aunque el invento fue, como era de prever, menospreciado por los numerosos rivales del Doctor Vanderjuice, que lo consideraban una simple máquina de movimiento perpetuo, en flagrante violación de la ley de la termodinámica.

Miles, con sus reducidas dotes de coordinación, y Chick, con una falta de presteza igual de perceptible, ocuparon sus puestos ante los paneles de control del aparato, mientras Darby Suckling subía gateando por los flechastes y los obenques de la gigantesca envoltura elipsoidal de la que pendía la góndola, hasta la misma cima, donde el flujo de aire no se interrumpía nunca, con la intención de leer, en un anemómetro de Robinson, las medidas precisas del viento, como referencia para conocer la velocidad a la que se desplazaba la nave, y después transmitir la información al puente mediante una nota escrita que se introducía en una pelota de tenis y seguidamente se hacía bajar en un trozo de cabo. Se recordará que este método de transmitir

información lo adoptó la tripulación durante su breve aunque inútil viaje «al sur de la frontera», donde lo habían visto en práctica entre los elementos de baja estofa que malgastaban sus vidas apostando sobre los resultados de los partidos de *'pelota'*. (Para los lectores que se acerquen por primera vez a nuestra pandilla de jóvenes aventureros, debe subrayarse enseguida que —tal vez con la excepción del todavía insuficientemente conocido Chick Counterfly— ninguno habría entrado jamás en la atmósfera moralmente ponzoñosa del *'frontón'*, como se denominan esos antros por allá abajo, de no haber sido esencial para las actividades de recolección de información de los Chicos para las que habían sido contratados entonces por el Ministerio del Interior del Presidente Porfirio Díaz. Para más detalles de sus hazañas, véase *Los Chicos del Azar en el Viejo México.*)

Aunque el riesgo extremo era obvio para todos, el entusiasmo de Darby por la tarea encomendada había creado, como siempre, una capa mágica alrededor de su figura de duendecillo que parecía protegerle, aunque no de los sarcasmos de Chick Counterfly, que ahora le gritaba a la *mascotte* en plena ascensión:

—¡Eh, Suckling! ¡Sólo un bobo se jugaría la vida para ver a qué velocidad sopla el viento!

Al oírlo, Lindsay Noseworth frunció el ceño con perplejidad. Asumiendo incluso su poco ortodoxo pasado —una madre, se decía, que había desaparecido cuando él todavía era un bebé; un padre que llevaba una mala vida, a la deriva por la Vieja Confederación—, la propensión de Counterfly al insulto gratuito había empezado a suponer un riesgo en su periodo de prueba con los Chicos del Azar, por no mencionar el peligro que, de hecho, entrañaba para la moral del grupo.

Dos semanas antes, junto a un río de aguas negras del Profundo Sur, mientras los Chicos intentaban saldar una lamentable «cuenta» todavía pendiente de la Rebelión de hacía treinta años —un asunto que aún no es recomendable poner sobre papel—, Chick se había presentado una noche en su campamento presa del pánico, perseguido por una banda de jinetes nocturnos con túnicas blancas y siniestras capuchas puntiagudas, que los jóvenes reconocieron inmediatamente como el temido «Ku Klux Klan».

Su historia, según lo que pudieron desentrañar entre los bruscos cambios de registro que caracterizan la voz adolescente, exacerbados en este caso por la peligrosidad de la situación, era la que sigue: el padre de Chick, Richard, al que todos conocían como «Dick», procedía del

Norte, pero había vivido varios años en la Vieja Confederación, emprendiendo diversos negocios, ninguno de los cuales, desgraciadamente, había salido adelante, es más, bastantes le habían llevado, como solía decirse por aquellos lares, a las puertas de la penitenciaría. Finalmente, ante la inminente llegada de un pelotón de ciudadanos armados que se habían enterado de su plan para vender el estado de Mississippi a un misterioso consorcio chino con sede en Tijuana, México, «Dick» Counterfly se había evaporado rápidamente en la noche, dejando a su hijo tan sólo con un bolsillo lleno de calderilla y un tierno consejo: «Lárgate, chaval, y escíbeme si encuentras trabajo». Desde entonces, Chick había vivido a salto de mata, hasta que, en la ciudad de Thick Bush, no lejos del campamento de los Chicos, alguien lo reconoció como el hijo del mal afamado y muy buscado «politicastro del Norte», y sugirió la aplicación inmediata de alquitrán y plumas a su persona.

—Por más que sintamos inclinación a ofrecer nuestra protección —había informado Lindsay al alterado joven—, aquí, en el suelo, nos vemos constreñidos por nuestra Carta, que nos prohíbe terminantemente interferir en los usos legales de ninguna localidad en la que hayamos aterrizado.

—Ustedes no son de por aquí —replicó Chick con cierta brusquedad—. Cuando estos mendas van a por alguien, la legalidad no pinta nada, o corres que te las pelas o te pelan.

—En el habla educada —se apresuró a corregirle Lindsay—, «no tiene nada que ver» es preferible a «no pinta nada».

—¡Noseworth, por piedad! —exclamó Randolph St. Cosmo, que había estado mirando con angustia a las figuras encapuchadas y con túnicas que se mantenían al otro lado del perímetro del campamento; las antorchas llameantes que sostenían iluminaban cada pliegue y cada arruga de su tosco ropaje con una precisión casi teatral y proyectaban extrañas sombras sobre los tupelos, los cipreses y los nogales americanos—. No hay nada más que discutir, a este hombre se le va a conceder asilo y, si lo desea, se le hará miembro provisional de nuestra unidad. Lo que está claro es que aquí abajo no tiene ningún futuro.

Fue una noche de insomne precaución, por si las chispas de las antorchas de la turba, llevadas por el viento, se acercaban un poco siquiera al aparato generador de hidrógeno, con la consecuente devastación. Sin embargo, en un momento dado, aquellos rústicos ominos-

samente embozados, tal vez por miedo supersticioso a la propia maquinaria, se dispersaron y regresaron a sus casas y guaridas. Y Chick Counterfly, para bien o para mal, se quedó con ellos...

El dispositivo Hélice no tardó en acelerar la nave hasta una velocidad que, añadida a la del viento que daba a popa, la volvió prácticamente invisible desde el suelo.

—Avanzamos a más de una milla por minuto —comentó Chick Counterfly desde la consola de control, incapaz de disimular el asombro en su voz.

—Eso nos pondrá en Chicago antes de que anochezca —admitió Randolph St. Cosmo—. ¿Está bien, Counterfly?

—¡Pistonudo! —exclamó Chick.

Como le ocurría a la mayoría de los «novatos», al principio Chick había tenido dificultades para acostumbrarse no tanto a la velocidad cuanto a la altitud y a los cambios en la presión del aire y la temperatura que conllevaba. Las primeras veces que voló cumplió con sus deberes sin queja, pero un día lo pillaron revolviendo sin permiso una taquilla que contenía diversas piezas de ropa ártica. Cuando le abordó Lindsay Noseworth, el chico sólo pudo tartamudear en su defensa:

—¡F-f-f-frío!

—Ni se le pase por la cabeza —le instruyó Lindsay— la idea de que al subir a bordo del *Inconvenience* haya escapado a un reino de lo contrafactual. Puede que aquí no haya manglares ni se aplique la ley de Lynch, pero aun así debemos vivir con las constricciones del mundo existente, entre las cuales destaca el descenso de la temperatura a medida que se asciende. Con el tiempo, su sensibilidad al respecto debería moderarse y, mientras tanto —añadió lanzándole una capa impermeable de piel de cabra negra japonesa con la leyenda PROPIEDAD DE CH. DEL A. estarcida en amarillo brillante en la espalda—, esto debe considerarse un atuendo de transición, hasta que llegue el momento en que se haya adaptado a estas altitudes y, si ha habido suerte, haya aprendido las lecciones de una estancia imprevista en ellas.

—Se lo voy a decir en pocas palabras —le confió más tarde Randolph—: subir es como ir hacia el norte. —Se quedó inmóvil, parpadeando, como si esperara algún comentario.

—Pero —se le ocurrió por fin a Chick— si uno va hacia el norte mucho tiempo, y al final pasa el Polo, entonces vuelve a ir hacia el sur.

—Sí. —El comandante de la aeronave se encogió de hombros con incomodidad.

—Así que... si fuésemos lo bastante arriba, ¿acabaríamos volviendo a bajar?

—¡Chiss! —le reconvino Randolph St. Cosmo.

—¿Nos acercáramos, tal vez, a la superficie de *otro planeta*? —insistió Chick.

—No exactamente. No. Sería otra «superficie», pero terrestre, en cualquier caso. Con frecuencia, para nuestra desdicha, demasiado terrestre. Dicho lo cual, soy reticente a dar más...

—Éstos son los misterios de nuestra profesión —supuso Chick.

—Ya lo descubriré. A su debido tiempo, claro.